

0267. Santos a nuestra manera

Con mucha frecuencia vamos a desarrollar en nuestros mensajes el tema de la Piedad Cristiana, como vivencia y desarrollo de la Gracia. De nada nos serviría tratar asuntos sobre Dios, si no viviéramos intensamente de Dios y para Dios. En otras palabras, si no hiciéramos caso de eso que nos dice tan categóricamente San Pablo:

- Esta es la voluntad de Dios, que seáis santos.

Y para comenzar, me encuentro en un libro con este diálogo entre los obreros de una imprenta alemana. Uno de ellos habla en serio con sus compañeros:

- ¿Qué os parece que me ha dicho el Padre Adolf?

- ¿Ese cura fanático?... Cualquier cosa.

- Pues, sí; tenéis razón. Fanático de veras. Me ha dicho que si quería ser santo.

Todos se echaron a reír, y con buenas carcajadas:

- ¿Tú, un santo? ¿Para arrodillarnos delante de tu imagen en un altar?...

Lo curioso es que el muchacho hablaba en serio. Aquel sacerdote, gran amigo y director de los jóvenes, le proponía al obrero impresor que fuera un santo.

- ¿Yo, santo? ¿Y cómo?...

- La cosa es fácil, muchacho. Tú eres tipógrafo. ¿Cuántos tipos de letra compones en un solo día?

- Muchos, naturalmente. No hago otra cosa durante ocho horas.

- Pues, en adelante, vas a seguir haciendo lo mismo. Pero, modifica el método. En vez de hacerlo todo maquinalmente, vas a poner cada letra por amor a Dios y en honor suyo. Al mismo tiempo que habrás cumplido con tu trabajo de una manera perfecta, habrás hecho diariamente miles de actos de virtud, que te convertirán en un santo.

- ¿Eso es todo?..., respondió el joven, moviendo escépticamente la cabeza.

- Pruébalo, y ya me lo dirás.

A los pocos días, el joven se le presenta al Padre:

- *Me va estupendamente, Padre. Y cada vez me resulta más fácil.*

El tipógrafo fue siempre un obrero ejemplar, y llegó a santo componiendo tipos de imprenta (P. Adolf von Doss SJ)

Nadie pone en duda de que hoy en la Iglesia ha cambiado la concepción de la vida cristiana. Estamos regresando a las fuentes del principio, al tiempo de los Apóstoles. Eso de ser santos lo dejábamos antes para curas y monjas. Nosotros, los laicos, nos contentábamos con ser simplemente buenos, para lo cual bastaba con no ser malos... Hoy, no. Hoy los seglares sabemos muy bien que cada uno de nosotros está llamado a ser un santo o una santa de categoría.

Esto es evidente. Y lo comprobamos cuando nos ponemos a pensar:

si la Iglesia no tuviera más que mártires como **Lorenzo**, asado en las parrillas a fuego lento;

si sólo contase con apóstoles gigantes a lo **Javier**, que recorre incansable toda el Asia;

si todos deben ser como **Teresa de Jesús**, de oración subidísima y al parecer inalcanzable;

si los que practican la caridad tienen que igualar a la Madre **Teresa de Calcuta**, premio Nobel y con fama internacional...,

si todos hubiéramos de ser así, habríamos de decir que la Iglesia tiene muy pocos santos.

Y, sin embargo, tiene muchos. Hoy el Magisterio de la Iglesia nos lo enseña de manera inequívoca, y quiere remover con ello nuestras conciencias adormecidas.

Nos dice, sin restricciones y sin atenuantes en el Concilio, que todos los cristianos estamos llamados a la santidad, a la perfección del amor a Dios y al hermano. Y que amando así a Dios y al hermano, y en el cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones, debemos llegar y llegamos a la santidad más subida.

Hemos de decir que el Concilio, con estas palabras, nos hizo un honor muy grande a los laicos. Nos dignificó de verdad. Desde entonces, hemos dejado de ser los seculares unos cristianos de segunda o de tercera categoría, para colocarnos de golpe entre los privilegiados. Entendemos muy claramente la doctrina de la Iglesia: cada uno en su puesto, cada uno según su carisma, pero *todos* unos santos.

En una reciente reunión parroquial, una compañera preguntó sin más:

- *Todo eso está muy bonito. Pero, ya en la práctica, ¿a qué podemos reducir los medios para llegar a esa santidad, que Dios nos pide por vocación?...*

El sacerdote se puso serio, y fue escueto y tajante.

- *¿Vives en gracia de Dios? Ya eres una santa. ¿Te dedicas a la oración con intensidad, de modo que la oración, elevando a Dios el corazón en medio de los quehaceres, llena tu día entero? Ya eres una santa. ¿Cumples con perfección tus obligaciones de estado y del trabajo? Ya eres una santa...*

Ahora el sacerdote se puso a bromear:

- *Y escúchame: si me aseguras que haces así todo eso, empiezo a reservar para ti un rinconcito entre los altares de la iglesia... Te canonizamos, seguro.*

No deja de ser bien interesante eso de que en el campo o en el taller, en la cocina o en la clase, en la cama de un hospital o en la silla de ruedas, en la cátedra o en el oficio, podamos ser santos de verdad, con tal que actuemos como el simpático impresor alemán...